

tores. Osman pidió que le concediesen algunos instantes para prepararse á morir; pero en lugar de tomar una actitud de oracion, se precipitó contra los mudos á fin de arrebatárles los cordones de seda que tenían dispuestos para estrangularle. Esta accion les obligó á servirse de sus armas. Escitados por Darud-bajá, degollaron á su víctima. Osman murió como en un campo de batalla, cubierto de heridas y bañado en sangre. No habia aun cumplido diez y ocho años.

Se sacó apresuradamente á la valideh del Serrallo viejo, pues solo ella sabia dirigir el espíritu débil del sultan é impedir que manifestase públicamente su locura. Era tal su habilidad y la vigilancia de que le rodeó, que en el mismo Serrallo se ignoró durante mucho tiempo que estuviese loco ó maniático. Toda la autoridad se hallaba concentrada en manos de la valideh y del gran visir, su yerno. Kiosem hubiera podido gozar de una influencia inmensa, pero afectaba no tomar parte alguna en los negocios del Estado. Empeñada en hacerse olvidar, vivia en el aposento mas aislado del cuartel de las mujeres y no salia de él sino para ir á visitar á la valideh, á la cual no dejaba de manifestar el mayor respeto. Una conducta tan discreta la habia hecho conservar la confianza y la amistad de la valideh, la cual olvidaba que ella tambien habia vivido sumisa y arrodillada delante de la madre del padischá, pero que un dia se habia levantado de improviso y enviado á la Baffe al Serrallo viejo.

La tranquilidad no reinó, sin embargo, mucho tiempo en aquella mansion de borrascas. El gran visir Darud-bajá era audaz y ambicioso y capaz de todas las crueldades. Consideró que los hijos del sultan difunto eran niños todavía, y como el sultan Mustafá se hacia cada dia mas incapaz, concibió la idea de colocarse en su puesto. Su union con una sultana tan querida del padischá le parecia un título suficiente, y el poder que estaba ya ejerciendo un medio infalible para variar la dinastía. Con el fin de simplificar la situacion, obtuvo del sultan la orden de hacer estrangular á Murad, hijo mayor de Kiosem y heredero presunto del imperio. Este jóven príncipe tenia apenas diez años, pero estaba ya dotado de un carácter tan violento é intrépido que hacia sombra al gran visir. En esta ocasion no fueron los mudos los encargados del funesto oficio. Darud-bajá confió esta terrible mision al *capi-agá* (jeje de los porteros del Serrallo).

Las turcas Kiosem y Arhada (continuacion).—La veneciana Roxana.—La rusa Tarkhan.—La armenia gigante.—Muerte de Kiosem.—Las odaliscas en el siglo XIX.

Cuando el *capi-agá* se presentó con sus *capigis*, el jóven príncipe Murad, hijo de Kiosem, lejos de intimidarse, se puso furioso; sus gritos resonaron en todo

el Serrallo; y luego pidió socorro desde su balcon, donde se habia refugiado; llamando con ademán de autoridad á todos los antiguos servidores de su padre. Esta asistencia de un niño de diez años, animó á los eunuocos puestos á su servicio, los cuales dieron muerte al *capi-agá* y pusieron en fuga á los *capigis*.

Al saberse esta tentativa hubo una sublevacion general. Darud-bajá fue conducido á las Siete Torres y estrangulado en la misma sala en que Osman habia en su presencia exhalado el último suspiro. Su herencia inmensa fue recogida por el emperador. De esta herencia formaba parte un magnífico palacio de verano situado en el campo, mas allá de las Siete Torres. La valideh condujo allí á Mustafá, que se fastidiaba en los jardines deliciosos del Serrallo y cuya enfermedad de ánimo se habia agravado.

Reinaba en todas partes el desórden. Los genizaros, los *spahis* y toda la soldadesca en general oprimian y saqueaban al pueblo. Las calles de Constantinopla eran diariamente teatro de algun combate, y donde quiera se hallaba en vigor la ley del mas fuerte. Kiosem pensó entonces que habia llegado su ocasion oportuna. Mucho tiempo hacia que procuraba reunir á todos los que la habian servido en el tiempo de su grandeza. El *cheik-ul-islam*, que tenia que vengar la muerte de su yerno, la prestó su apoyo, y ella ganó tambien al gran visir Ali-bajá y á los *agás* de los genizaros, y se la adhirieron en su mayor parte los *bajás* descontentos. El gran visir convocó al *ayack-divan* (consejo en que se delibera en pie) en la mezquita del sultan Soliman, y esta asamblea pronunció unánime la destitucion de Mustafá, fundando su sentencia en el *fetva* (decision) que acababa de pronunciar el *cheik-ul-islam*: «La ley del profeta prohíbe obedecer á un insensato.»

El gran visir se trasladó inmediatamente al palacio de verano y tuvo el atrevimiento de comunicar al padischá la sentencia del *ayack-divan*. Mustafá le oyó sin manifestar la mas leve conmocion; pero la valideh se puso muy irritada; resolvió llevar sin demora á Mustafá á su capital, y á pesar de su moderacion ordinaria, dió la orden de estrangular al momento á Kiosem y al heredero presunto. Pero la prevision de Kiosem habia ya destituido al *kislar-agá*, siendo ella la que mandaba en el cuartel de las mujeres. Los eunuocos volvieron á conducir, esta vez para siempre, á valideh al Serrallo viejo, y Mustafá fue llevado de nuevo á su prision, donde lejos de manifestarse disgustado, alababa á Dios y decia que él era un pobre dervis, nacido para vivir en la oscuridad.

Mientras de esta manera se gozaba en su desgracia, el hijo de Kiosem se trasladaba al *divan* sentado en un *soffre*, cubierto de tisú, que llevaban cuatro

genizaros. Cuando se presentó, el *cheik-ul-islam* fue el que primero gritó: «¡Larga vida al sultan Murad! ¡que dure mil años su reinado!»

Toda la asamblea repitió las mismas exclamaciones, y desde el siguiente dia empezó Murad IV á recorrer las calles de Constantinopla, rodeado de todos los dignatarios del Serrallo. Era tan hermoso aquel jóven, que las mujeres se precipitaban á su

paso con trasportes de admiracion y de alegría, gritando: «¡Viva nuestro padischá!»

Kiosem tomó el título de sultan valideh que tanto tiempo habia ambicionado, y gobernó con un poder absoluto durante algunos años, pero no siempre pudo reprimir la insolencia de los genizaros, las revueltas de los *spahis* y los desórdenes del populacho que se exasperaba cuando habia escasez de trigo ó cuando



Jardines del Serrallo (1).

algun santón fanático predicaba contra los vicios y la impiedad de los *bajás*. Cuando los descontentos no cedían y habia peligro en enviar contra ellos las tro-

pas que permanecían files, se les echaba por encima de los muros del Serrallo las cabezas que pedían; una vez exigieron treinta, y treinta se les dieron. Kiosem

(1) Parece que la casualidad ha sido la encargada de trazar los jardines tales como hoy se encuentran. No hay en ellos sendas, ni planos que revelen otra intencion que la de dar sombra. Pero son tan hermosos sus árboles con sus ramas inclinadas sin arte, con sus vides y clemátidas; y los jazmines que los rodean con sus brazos profundos, se destacan tan perfectamente de lo alto de aquellos promontorios almenados, sobre el fondo azul del mar de Mármara, y sobre las nevadas montañas del Olimpo y los arrabales de Scutari, que nada permiten exigir á los *bastandijis* degenerados del Serrallo. Y sin embargo, en tiempo de Acmet III, aquello era un verdadero

paraiso terrenal, donde las plantas y aves mas raras, los kioscos y las fuentes de mármol ofrecían un aspecto maravilloso. La vista representada aqui está tomada desde uno de los ángulos del jardín, muy cerca de la fuente de las Rosas. Cuarenta pinos entrelazados de la madera mas pintoresca, forman un primer término sombrío que permite admirar libremente por en medio de aquella hermosa columnata, el deslumbrador y animado paisaje del Cuerno de Oro y de la ciudad, ó por mejor decir, de las tres ciudades de que Constantinopla se compone: Sтамбул, Galata y Seu ari.

Adalberto de Beamont.

era la primera sultana que se había mezclado directa y ostensiblemente en la política europea. La valideh, su antecesora, y la Baffe, madre de Mahomed III, no habían tomado parte mas que en la administración del imperio. Trataba con los embajadores por el intermedio del gran visir, y asistía al consejo tapada con un velo. Su autoridad duró un poco menos que la minoría del sultan.

Murad IV, á la edad de quince años, obligó á la valideh á abandonar el poder y los turcos pudieron conocer bien pronto que tenían un terrible amo. Este adolescente era sombrío y cruel como un viejo tirano. El ardor guerrero que poseyó despues, se manifestó al principio por una actividad prodigiosa, y una afición decidida á los ejercicios violentos. Sin cesar hacia luchar y combatir á sus pajes, sus mudos y hasta sus bufones; los que habían dado los mas rudos golpes, y mostrado mas valor, recibían de su mano armas de gran precio, joyas y algunas veces los ricos trajes con que él estaba vestido. Estaba prohibido bajo pena de muerte acercarse á los muros del Serrallo, y los buenos musulmanes no se atrevían á dirigir la vista á aquel lugar formidable. Aun en la actualidad se refiere en Constantinopla el siguiente rasgo de la sombría crueldad de Murad IV. Había en sus jardines un kiosco, desde el cual se descubría la mas bella perspectiva. El sultan iba allí á menudo complaciéndose en mirar su ciudad imperial con un excelente antejo de larga vista, que la república de Venecia le había regalado. Un día que paseaba así sus miradas por las alturas del arrabal de Pera, encontró en frente de su antejo un jóven que, apoyado en el balcón de una torrecilla y armado de un largo tubo parecido al que él tenía en la mano, parecía explorar el recinto del Serrallo. El sultan hizo un signo, dos bastandjis partieron al instante, y antes del anochecer, el malhadado curioso estaba colgado del balcón que le servía de observatorio.]

Hacia aquel tiempo el uso del tabaco empezó á propagarse entre los turcos. El sultan, que detestaba esta novedad, prohibió bajo pena de muerte el placer de fumar; pero sus órdenes no fueron siempre ejecutadas; sus súbditos desafiaban la muerte para conservar sus pipas, y la droga perniciosa penetró hasta en el Serrallo. Una vez Murad IV sorprendió á la validez con el chibuk entre los labios, y á este espectáculo, su furor fue tan grande, que la princesa se tuvo que hincar á sus pies de rodillas para obtener su perdón. El severo monarca quería que ella obedeciese como la última de sus esclavas, y no era sino á fuerza de sumisión y de respeto como ella obtenía algunas consideraciones.

Murad IV iba á emprender sus grandes guerras contra la Persia cuando el kishlar-agá le presentó una esclava circasiana de unos diez y seis años, que se

llamaba Roxana; jamás mujer de una belleza tan perfecta había entrado en el Serrallo. Tenía los cabellos rubios, los ojos azules y las cejas negras como el ébano. Sus facciones eran de una pureza incomparable, y un cutis de una frescura suave, que recordaba los matices delicados de las rosas silvestres. Esta bella criatura encantó desde luego al sultan, y pronto le subyugó, no por su dulzura, sino por su atrevimiento y su malignidad. El sombrío Murad sufrió el ascendiente de un carácter mas enérgico y mas implacable que el suyo. Cuando fué á hacer la conquista de Bagdad y de Babilonia, Roxana gobernó en su nombre, y á pesar de no haberle dado mas que hijas, la honró con el título de hasski. Todos la obedecían en el Serrallo; la familia imperial se arrodillaba en su presencia, y la misma valideh Kioseme, tenía que inclinar la frente ante ella.

Los tres hermanos del sultan y su tío Mustafá, el imbécil emperador, dos veces destronado, vivían aun en aquella época. La cruel Roxana hizo estrangular inmediatamente á Orcan y Bayizid, y despues al infortunado Mustafá. Quería también la muerte de Ibrahim, el mas jóven de los tres príncipes; pero la valideh Kioseme intervino á favor de su hijo, persuadiendo á Roxana de que estaba loco. Hasta entonces Kioseme había sufrido en silencio los insultos de la favorita; la había dejado cometer sin oposicion las muertes políticas que acercaban su segundo hijo al trono; pero cuando no quedaba mas que Ibrahim en los cafes donde habían estado los otros, comenzó á luchar sordamente contra su enemiga. Murad VI volvía triunfante despues de la conquista de Babilonia; é hizo su entrada en Constantinopla con una piel de leopardo en las espaldas, á manera de manto imperial, y rodeado de los príncipes vencidos por él. Kioseme sabía que los persas corrompidos habían tenido sobre él una influencia funesta, y que una bella jóven le había distraído un momento de su pasión por Roxana. La hábil princesa se quejó por primera vez á su hijo de los ultrajes de la favorita; la acusó de haberse atrevido á levantar la mano contra una hija de sangre otomana, contra Mihirna, sultana, nada menos que hermana del padischá. El hecho era verdadero, y había muchos testigos. El sultan encolerizado mandó llamar á Roxana y le echó en cara el haber faltado al respeto á la sultana y olvidado la distancia que las separaba. «¿Qué distancia?» exclamó audazmente Roxana.—«La que hay entre una princesa de sangre imperial y una esclava,» respondió el sultan. A esta palabra Roxana, lejos de humillarse, se permitió amenazas y reconvenciones que pusieron á su amo furioso como un tigre; cogió el sultan la maza de armas que llevaba al lado, y con ella hirió violentamente á Roxana en medio de la cabeza. Palideció la frente de la favorita, se cerra-

ron sus hermosos ojos y un color cárdeno se esparció por su gentil semblante. Como había quedado en pie, se creyó que era la cólera la que alteraba sus facciones; pero vaciló, se puso la mano en la cabeza y cayó muerta. Tenía veinte y tres años.

El sultan Murad imitó luego en sus gustos y excesos á los emperadores romanos. Era (cosa inaudita en un musulman) impío, y se burlaba del Corán; bebía públicamente vino, comía opíparamente y admitía á su mesa á sus favoritas. La escésiva intemperancia á que se abandonaba le costó en fin la vida, y al hallarse ya moribundo, recordó que le quedaba un hermano, único vástago de la casa otomana, y ordenó que inmediatamente le hiciese morir en su presencia.»

«¿No sabes, señor, que no existe ya?» le contestó la valideh Kioseme que le asistía en su agonía.

Nadie se atrevió á desmentir una falsedad tan atrevida; y como el sultan, siempre furioso, amenazaba á sus médicos con hacerlos empalar si no le curaban al instante, ellos mismos le prepararon una pocion que puso pronto término á sus padecimientos.

La valideh convocó inmediatamente á los jefes del ejército, el cheik-ul-islam y sus ulemas, á todos los funcionarios del Serrallo y á los bajáes que se hallaban en Constantinopla. Se presentó en medio de la asamblea cubierta con un velo y rodeada de un inmenso séquito. Era la primera vez que una sultana presidía las deliberaciones del divan. Habló con tanta discrecion y elocuencia que se atrajo todos los votos, é hizo proclamar á Ibrahim á pesar de las últimas voluntades de Murad IV, que había designado para sucederle al kan de los tártaros. Kioseme fué ella misma á sacar á su hijo del café en que se hallaba encerrado hacia veinte años, y fue la primera en saludarle con el título de emperador.

«Ibrahim, dice un viajero contemporáneo, testigo de los acontecimientos, estaba en la flor de su edad; tenía las facciones bellas, la barba roja y la tez colorada. Su ademan anunciaba poco carácter; llevaba ladeada la cabeza y volvía los ojos en todas direcciones como un hombre que no piensa en nada. Aunque su estatura era bastante esbelta, tenía poca gracia á caballo, por lo que gustó poco al pueblo, que quería ver en la figura de sus sultanes una magestad terrible.»

El carácter de Ibrahim estaba de acuerdo con el anterior retrato; el nuevo sultan era escésivamente pacífico, indolente y sensual. Los negocios del Estado no le ocupaban en lo mas mínimo; pero quiso, para obedecer la ley del profeta y seguir el ejemplo de sus predecesores, dedicarse á un trabajo manual. Murad IV hacia sortijas de cuerno para tirar el arco. Achmet II sobresalió en copiar los bellos manuscritos, y el gran Soliman hacía muy buenos zapatos.

Ibrahim se dedicó á hacer mondadientes de concha.

La valideh recobró toda la autoridad que había tenido durante el reinado de su hijo mayor. Esta Catalina de Médicis oriental empuñaba las riendas del gobierno con mano firme, y durante algunos años conservó la tranquilidad pública. El Serrallo tuvo un período brillante. El voluptuoso Ibrahim se procuraba incesantemente nuevos placeres. El harem imperial estaba siempre de fiesta, y en él reinaba una sombra de libertad. El sultan consentía que las odaliscas le acompañasen á sus jardines, donde las regalaba con danzas y música. La valideh procuraba hacer comprar en todos los mercados del imperio la flor de las jóvenes mas bellas que en ellos vendían los mercaderes de esclavos. Nunca había habido en el Serrallo tantas odaliscas. El sultan era incapaz de concebir un amor profundo; su inconstancia era igual al arrebató de su pasión, y sus favoritas no duraban mas que un día. Una esclava rusa le dió un hijo el segundo año de su reinado, y en poco tiempo siguieron á este primogénito otros varios; la línea imperial se hallaba de este modo renovada, y la valideh pudo creer que su poder se hallaba asegurado para lo sucesivo.

Un día que se paseaba el sultan por el Bósforo en un esquife, percibió á la orilla del mar á una mujer, cuya estatura le llamó la atención. Al regresar á su Serrallo hizo llamar al kishlar-agá, y le mandó buscar á la mujer mas alta y mejor formada que hubiese en Constantinopla. Inmediatamente partieron cien bastandjis, y el día siguiente presentaron al kishlar-agá una especie de gigante, de un semblante bastante bello, que parecía tener unos veinte años. Era armenia y de condicion libre. La lavaron, la perfumaron y la vistieron suntuosamente, y la presentaron al gran señor, el cual reconoció en ella, con transportes de alegría, á la colosal belleza, cuya presencia le había encantado. La armenia, tan codiciosa como astuta, se apoderó del ánimo de Ibrahim, y muy pronto la valideh, consternada, pudo notar de que se hallaba amenazada su autoridad suprema. Kioseme dejó triunfar á la armenia sin manifestar envidia ni cólera, ni dejar traslucir un solo átomo del odio que le inspiraba. Una tarde le envió á uno de sus eunucos para suplicarla que pasase á divertirse con ella. La armenia accedió sin desconfianza á la invitación, y seguida de algunas jóvenes esclavas, pasó al departamento de la valideh, donde varias mujeres del Serrallo reunidas se divertían con una enana deforme, á la cual escitaban á decir bufonadas. Aquella pobre criatura se colocó delante de la armenia con gestos de asombro, y dió vueltas alrededor de su colosal persona, estendiendo sus pequeños brazos como para escalarla, lo que provocó la hilaridad de toda la asamblea.